

MATERIALISMO HISTORICO Y MATERIALISMO PSICOLOGICO

Por GERMAN BERNACER

Jefe de la Sección de Estudios
Económicos del Banco de España

El materialismo histórico no lo inventó Marx. Siempre ha habido una inclinación, hasta en las gentes más vulgares—y quizás más en las vulgares que en las otras—, a juzgar de la política nacional e internacional en términos de crudo positivismo. Si las naciones provocan guerras o ejercen violencias que las acarrearán, si manifiestan ambiciones que encienden la rivalidad de las demás, no es por razones de ideología o por principios políticos, aunque aleguen esos motivos; es por defender sus intereses comerciales, por buscarse mercados, por proteger las rutas de su navegación, por agenciarse colonias o bases para ensanchar su poderío; este es el juicio que suele emitirse, y sería tachado de iluso quien pretendiese sostener tesis más románticas. Si los partidos políticos propugnaban estos o los otros ideales, ello fue únicamente la bandera con que cubrían la mercadería de su ansia de poder, de su codicia de empleos y prebendas para sus secuaces, de su ambición de puestos y ventajas. Así se ha juzgado siempre por gentes que no supieron nunca de Marx, y que, si habían oído alguna vez la palabra marxismo, no sabían bien si se trataba de una teoría social o de una afección del hígado.

Reconozcamos por lo demás que la experiencia de la vida corriente nunca fué muy adecuada para desvanecer esta tendencia a enjuiciar con escepticismo. Quizás la inclinación materialista es en parte efecto del régimen llamado capitalista, aunque se da mucho también en quienes se dicen anticapitalistas. Mas no olvidemos que, bajo cualquier régimen, es natural que los intereses materiales pesen muy considerablemente en la balanza de las decisiones humanas. No vivimos en una sociedad de héroes ni de santos. La santidad y el heroísmo son raras virtudes individuales que se anegan en el mar de los instintos de la masa. Pensar otra cosa sería topar en lo ilusorio.

Sin embargo, el que los motivos materiales parezcan predominar en las acciones colectivas no da derecho a pensar tampoco que la actividad humana se vacíe exclusivamente en moldes de interés egoísta, ni que la Historia se modele siempre por tan sórdidos cinceles. El error de Marx consistió en dar valor absoluto a lo que sólo tiene carácter relativo, y quizás en buena parte circunstancial.

Que el móvil material tenga un peso grande, excesivo casi siempre para una buena ponderación de los actos humanos, no quiere decir que hayan desaparecido los demás. ¿Qué duda cabe que, junto al ansia de lo material, los móviles afectivos tienen un lugar importante en la dinámica psicológica? Incluso, si damos a lo afectivo el concepto amplio que le atribuyen algunos psicólogos, podríamos decir que es lo que domina la vida humana, pues el anhelo de los bienes materiales no sería más que una de las facetas de lo afectivo.

Pero aunque le demos el sentido restringido de amor y odio hacia las personas y no hacia las cosas, es indudable que su imperio es grande, el propio interés material no es del todo egoísta, pues se halla fuertemente estimulado por la vida afectiva, especialmente por los afectos familiares y amistosos. Al fin y al cabo los afectos son también intereses que responden a necesidades del espíritu y no siempre menos intensas que las materiales.

Poco hay que haber observado la vida para no comprender que lo que gobierna

la conducta humana es más la pasión que la razón. Y la pasión pertenece al lado afectivo y no al intelectual, en tanto que el amor de los bienes materiales depende más de la razón que de la pasión, aunque tome a veces viciosamente un carácter pasional. La pasión es también la que enciende las guerras y los conflictos entre las naciones, la que domina en las luchas políticas intestinas, la que alimenta la hoguera de los odios irreconciliables contra todo interés bien entendido.

¿Qué más pudiéramos desear sino que la razón, el entendimiento, entrara un poco más en tales cosas, para que lo material, es decir, la prosperidad de los pueblos anduviera por más razonables caminos?

Lo que sí sucede es que el móvil material es muchas veces subconsciente en los hombres y en las colectividades, de suerte que cuando unos y otras creen actuar por motivos ideales, son juguete de sus intereses, que se han infiltrado subrepticamente en sus motivaciones falsamente ideológicas. Las más de las veces el materialismo no es deliberado porque la sordidez repugna por naturaleza al hombre, pero su imaginación es fecunda en disfrazar con pretextos ideales las inclinaciones primarias de su instinto.

Ni lo afectivo material ni lo afectivo personal agotan las motivaciones del alma. Por muy escéptico que se sea, no cabe descartar lo moral de los resortes de la conducta. Más veces ocurre que el hombre se guía por una Moral errónea, más o menos acomodada a la conveniencia, diversamente corrompida por egoísmos, intereses de grupo o prejuicios de clase, que se produzca con completa ausencia de escrúpulos. Pero aunque parcialmente desvirtuada, o totalmente acomodaticia, la Moral suele conservar una gran fuerza a causa de la costumbre y de las reacciones del medio social.

Además, la moral no es por completo ajena a los intereses materiales bien entendidos. Puede decirse que constituye un interés diferido frente a un interés inmediato, un interés amplio frente a un interés mezquino y de corta vista. La Moral nace en buena parte de que el hombre no vive sólo el presente; por la memoria vive el pasado, por la previsión anticipa el futuro. Una persona sin previsión ni memoria difícilmente tendría una moral; nada desmoraliza tanto como no recordar ni esperar. El conflicto moral se plantea más entre los intereses inmediatos y lejanos, entre el interés inteligente de hoy y el de mañana, que componen el interés totalitario de la vida, que entre el interés material y otros intereses superiores.

Los deberes para consigo mismo forman parte del interés del propio individuo, aunque no de su instinto; por eso la Moral necesita encarecerlos; constituyen una prolongación inteligente del instinto de conservación más allá de lo inmediatamente sensible. Si aun estos deberes de interés tan directamente individual son a menudo desconocidos, ¿cómo esperar que se reconozca el valor personal de los deberes para con los demás, cuyo beneficio, aunque positivo, es más lejano y reflejo?

Y, sin embargo, la estrecha solidaridad entre el individuo y la colectividad a que pertenece apenas permite dudar de que el interés de uno y de otro se hallan íntimamente ligados. Es así que la moral social es una condición necesaria para la subsistencia y la prosperidad del grupo al que el individuo se halla vinculado, y de cuya

conservación y progreso dependen los suyos propios, luego la moral social forma parte de su propio interés inteligentemente entendido. Frente a los ciegos egoísmos, la Sociedad levanta la barrera de sus tradiciones y de sus costumbres ancestrales (1), que la defienden contra los peligros interiores y exteriores, más temibles los primeros que los segundos, pues aunque estos últimos no falten, la aptitud para superarlos la da la interna coherencia contra adversidades y enemigos. En cuanto las tradiciones morales del grupo se debilitan, los egoísmos individuales las anegan y la fortaleza interna se arruina. Los peligros exteriores no hacen más que cumplir la sentencia que condena a quienes no saben reconocer su verdadero interés.

De aquí se puede inferir que la virtud, aparte otras cosas, es un buen negocio. Lo malo es que su eficacia social no depende de la conducta de uno solo, sino de la de todos; en la inmoralidad de la mayoría se pierde la virtud de los menos, al parecer vanamente y en su perjuicio individual. A la manera que el sálvese quien pueda ante un peligro común representa la superación del interés colectivo por el instinto individual, que cunde hasta el pánico, en la desmoralización social el individuo se siente anegado por la ola general. Y entonces no queda como refugio de la noción moral más que ese sorprendente fenómeno de la conciencia que maravillaba a Kant. Se admira el bien hasta cuando no se practica. El hombre se siente impulsado a comulgar en un anhelo de perfección del que saberse alejado causa la más profunda insatisfacción e infelicidad. Es como un sentido estético, emparentado con el sentimiento de la Verdad y de la Belleza, con la pasión de la Ciencia y del Arte, que nos hace sentir, con mayor fuerza todavía, la belleza de lo justo y la armonía del bien. Por él la Moral entra en el sector de lo afectivo, en esa unidad del espíritu humano en que se compenetran todas sus zonas: la inclinación de la carne, el amor de las almas y el sentimiento del Bien.

Para establecer una relación directa entre la evolución histórica y las tendencias materialistas del hombre, Marx prescinde de todo esto, sin percatarse de que el abandono a esas tendencias determina fatalmente el desvío de la línea de máxima utilidad y eficacia, con el resultado de acarrear la ruina de los grupos sociales, que son el sujeto de la Historia, muy lejos de asegurar su prosperidad y subsistencia, de suerte que el materialismo histórico sólo sería cierto para pueblos decadentes. Quizás para Marx lo eran todos los de su tiempo, que, bajo los efectos deletéreos del capitalismo, caminaban a su juicio irremisiblemente hacia el socialismo.

La realidad es bastante más compleja que ese punto de vista parcial. Marx se limitó a convertir en sistema y teoría científica un lugar común, siguiendo una corriente demasiado frecuente, por desgracia, en la Ciencia: la de crear síntesis prematuras a base de un análisis parcial e incompleto de los hechos. Al considerar que son varias las teorías de ese tipo que se deben a hebreos se piensa que quizás no sea ajeno a ello la condición racial del economista Marx, que era judío.

(1) Por algo moral viene de *mores* (costumbres).